

ENRIQUE SERRANO GÓMEZ (2021), *RAZÓN Y DOGMATISMO: UNA APROXIMACIÓN A LA FILOSOFÍA DE KANT*, MÉXICO, EDICIONES QUINTO SOL, 308 PP.

Hay filosofías a las cuales es preciso regresar una y otra vez, como si el pensamiento que expresan estuviera destinado a una eterna repetición que, sin embargo, no deja de hacer saltar nuevas chispas de sentido. El pensamiento de Immanuel Kant es una de esas cumbres y *Razón y dogmatismo: Una aproximación a la filosofía de Kant* es una de esas excelentes vueltas que, al esclarecer el detalle de lo ya conocido, contribuye simultáneamente a iluminar el amplio devenir de las teorías filosóficas.

El mismo autor expresa en la “Introducción” la perplejidad que le invadía al contemplar, en la biblioteca de la Universidad de Konstanz, la inmensa bibliografía existente acerca del filósofo alemán. Entre tal prolijidad de disertaciones, ensayos e interpretaciones, ¿podemos considerar que la novedad es el deber de un intérprete o de un expositor de la filosofía kantiana? Con seguridad —como él mismo reconoce— podemos responder que no. Es más bien la necesidad la que orilla, a menudo, a dedicar las páginas de un libro a determinado tema. En este caso, la necesidad fue impuesta por los cursos universitarios que ha impartido, en particular, el curso de historia de la filosofía.

En cuanto fruto de un curso impartido durante varios años, *Razón y dogmatismo* se estructura conforme al modo habitual de exponer la teoría del conocimiento de Kant: juicios, estética, analítica, dialéctica y metafísica, a lo cual añade consideraciones sobre la filosofía práctica kantiana, con un capítulo que brevemente examina aspectos de la “metafísica de las costumbres”. A estos temas corresponden los seis capítulos que conforman el libro: “¿Qué significa juicio sintético *a priori*?”, “Experiencia y tiempo”, “Analítica de los conceptos”, “De la conciencia a la intersubjetividad”, “El animal metafísico”, “Ley y libertad. Algunas observaciones sobre la filosofía práctica de Kant”. Puesto que la teoría del conocimiento del filósofo alemán es bien conocida, poco sentido tendría repetirlos aquí. En lugar de ello, conviene resaltar lo que hay de peculiar en la exposición de Enrique Serrano, los hilos conductores que guían su interpretación.

¿Cuáles son dichos hilos conductores que desvelan la postura de nuestro intérprete? En mi opinión son los siguientes: 1) una interpretación de la gnoseología kantiana que la acerca al pragmatismo; 2) la valoración de la perspectiva trascendental kantiana que da prioridad a la síntesis respecto del análisis; 3) la concepción del ser como relación; 4) el vínculo del lenguaje con la actividad sintética; 5) una interpretación del tiempo trascendental kantiano como mediación sintética de lo subjetivo y lo objetivo; 6) la consideración de la conciencia como una actividad autoconstitutiva.

En estos caminos, trazados por la interpretación de Serrano, puede apreciarse un aspecto constante del tejido argumental del libro, a saber, la constatación, no de la influencia kantiana de la filosofía crítica sobre el idealismo alemán, que es bien conocida, sino la particular influencia del motivo pragmático en sentido lato, sobre Fichte, Schelling, Hegel e, incluso, Heidegger.

Comenzaremos, en consecuencia, por dicho elemento pragmático de la filosofía kantiana. Queda evidenciado en la exposición y con bastante transparencia que:

[...] debemos destacar la tesis que se encuentra en el núcleo de su reflexión filosófica, la cual será adoptada por los representantes del idealismo alemán: la prioridad del uso práctico de la razón. Esto implica tres cosas:

- 1) El uso práctico es más amplio, pues representa la única vía justificada racionalmente para trascender la experiencia.
- 2) El uso teórico de la razón depende de los datos que le suministra el uso práctico, lo que comienza por la creencia en el mundo exterior.
- 3) El propio uso teórico es una modalidad del uso práctico. (p. 49)

Para Serrano, la racionalidad humana concebida por Kant tiene un carácter esencialmente activo y no pasivo, en tanto el momento activo es inmediato, y no mediato a una percepción pasiva que le antecede. En otras palabras, la razón no procesa datos que han sido captados pasivamente, porque lo dado —para usar la terminología kantiana— ya es objeto de una síntesis en el mismo momento en que es percibido como dado.

No obstante, este elemento pragmático, piensa nuestro autor, no siempre es sostenido por Kant con suficiente claridad o consistencia: “Desgraciadamente —afirma—, Kant no lo plantea en términos de un giro pragmático, sino a partir de una perspectiva tradicional que le conduce a la idea de un yo trascendental” (p. 120). Quizá sea éste un juicio demasiado duro, en tanto que la enorme profundidad y el amplio influjo de su pensamiento se debieron, con sus ventajas y desventajas, a la perspectiva trascendental por él adoptada. Si se nos permite imaginar una ucronía en la que el giro pragmático sucedió en la segunda mitad del siglo XVIII de la mano de Kant, posiblemente encontraríamos que muchos aspectos del idealismo, la hermenéutica, la fenomenología y el existencialismo no se habrían siquiera pensado, de modo que, si es que se acepta de antemano el giro pragmático como un progreso filosófico, este progreso estaría desteñido por amplios vacíos de reflexión filosófica y autognosis.

Pero, volviendo al momento pragmático mismo en el aspecto que Kant pudo apenas intuirlo, la relevancia de la acción en el proceso cognoscitivo queda expresado en la función que juega la síntesis frente al análisis. Cualquiera que haya tenido el menor acercamiento a la filosofía kantiana sabe que la primaria y más básica tipificación de los juicios es aquella que los divide en analíticos y sintéticos. Por lo general, las exposiciones de la epistemología kantiana reproducen en este punto las clases de juicios según sean analíticos *a priori*, sintéticos *a posteriori* o sintéticos *a priori*.

Sin pasar por alto estas consideraciones bien conocidas, Enrique Serrano ofrece una interpretación de la función sintética en cuanto tal. El aspecto activo al que he referido se sustenta precisamente en la prioridad del momento sintético, lo cual constituye una ruptura con el racionalismo dogmático al estilo de Leibniz, para quien todo juicio analítico era verdadero. Kant no acepta esta consecuencia manteniéndose fiel, a pesar de su idealismo trascendental, a la base empírica de todo conocimiento. “Frente al exceso de Leibniz [...], la tesis de Kant consiste en invertir la jerarquía tradicional; la prioridad reside ahora en los juicios sintéticos. *Todo juicio analítico presupone un juicio sintético*” (pp. 57-58).

Antes de Kant, los filósofos concibieron la experiencia como un suceso en el que el sujeto cumplía un rol meramente pasivo. En el mejor de los casos, la actividad del sujeto cognoscente consistía en combinar las percepciones sensibles mediante el entendimiento y la imaginación. Pero Kant se da cuenta

de que antes de esta actividad asociativa debe existir otra anterior. El reto de pensar algo semejante debió ser enorme, pues, como señala reiteradamente el autor, implicaba superar la muy arraigada idea de que los entes son sustancias. Incluso el mismo Kant no logra desprenderse en todo momento de ese prejuicio; no obstante, da pasos firmes en ese sentido.

Ahora bien, ¿qué significa que la síntesis es anterior al análisis?, ¿cuáles son las implicaciones de tal proposición? Siguiendo a Hume, Kant piensa que en el mundo fenoménico sólo podemos encontrar una diversidad de seres en permanente cambio, de los cuales no podemos afirmar que posean una sustancialidad, si no es mediante el recurso a nociones metafísicas que no pueden ser verificadas empíricamente, tales como las de esencia, quiddidad, acto, forma, sustancia. Con estas nociones, el entendimiento destaca el rasgo de la permanencia y la identidad de los seres, pero, ¿a través de la experiencia podemos tener certeza de que los entes son aquello contenido en la esencia? La respuesta negativa a tal pregunta es precisamente el sentido de la revolución copernicana de Kant. La esencia no se identifica con el ente porque la esencia es el resultado de una abstracción del entendimiento; o, en términos epistemológicos, el objeto no es sustancia porque ésta es consecuencia de una síntesis del entendimiento. Lo anterior tiene amplias consecuencias epistemológicas: una de ellas consiste en que la metafísica no permite conocer la naturaleza, pues prescindir de lo dado en la experiencia.

Se ve ahora que la afirmación de la prioridad de la síntesis implica un cambio profundo en la constitución del mundo: el sujeto y el objeto ya no son concebidos como entidades, sino como construcciones de la razón. “Al situar la prioridad en la síntesis, y no en el análisis, Kant plantea que ni el objeto, ni el sujeto, pueden ser considerados sustancias dadas o ya constituidas, las cuales, después, se vinculan en la experiencia” (p. 63).

Naturalmente, la relación activa entre sujeto y objeto hace que la conciencia, el yo o la unidad sintética de la apercepción, tome el lugar decisivo. Mediante la experiencia obtenemos una diversidad ingente de datos empíricos; sin embargo: “Para hablar de esos datos empíricos se requiere introducir un elemento constante [...], pero este no se extrae de los objetos, sino que es introducido por el sujeto para hacer posible la síntesis, la organización, de esos datos” (p. 64). Tal principio de identidad lo provee el sujeto, y ésta me parece la principal consecuencia derivada de la tesis de la prioridad de la síntesis por sobre el análisis. El lugar central que, desde Kant, ocupa en la filosofía

la conciencia y, junto a ella, el lenguaje, no sólo explica la ulterior evolución del pensamiento filosófico alemán durante el siglo XIX, sino el entero viraje hacia una concepción activa de la conformación del mundo, por oposición a las visiones estáticas y pasivas del mismo.

Por otro lado, tal tesis tiene un alcance que no se limita a una perspectiva epistemológica —pese a originarse en ella—; se amplía, en cambio, a una visión holística que conlleva rendimientos ontológicos —si bien, renuncia a hacer una ontología—. Esto remite al tercer hilo conductor que he señalado: la comprensión del ser como relación. De acuerdo con la interpretación de Serrano —en lo cual sigue a Heidegger— el ser no denota existencia:

En su uso existencial o, como dice Heidegger, en su uso óntico (S es), aunque aparece en el lugar de un predicado, no es un predicado real, o sea, no denota el atributo o determinación de una cosa, sino que remite a la existencia (posición absoluta de una cosa), a la relación constitutiva de la experiencia entre el sujeto cognoscente y el objeto de conocimiento. En ambos usos ser no denota una cosa, un ente; de ahí que, en el aspecto positivo, se sostenga que el ser es una posición, es decir, una relación. (p. 210)

El anterior análisis nos coloca en el camino del cuarto hilo conductor señalado. El autor dedica numerosas reflexiones al vínculo del lenguaje con la actividad sintética, aunque a la vez es uno de los temas más esquivos en el libro, quizás porque, como lo indica él mismo, en la obra kantiana “se encuentra implícita una teoría del lenguaje que debemos reconstruir” (p. 45). Sin embargo, dicha teoría del lenguaje no alcanza a ser reconstruida, sino esbozada, asentado el terreno y delineando el objeto de investigación para trabajos posteriores.

Independientemente de esto último, constituye un mérito de la interpretación de Serrano acercar al lector a estos aspectos de la filosofía trascendental que, por lo general, se pasan por alto. Ya desde la teoría del juicio, Kant supone tácitamente una concepción lingüística: “la teoría de la experiencia es una teoría del juicio. Con ello se plantea que no existen por una parte datos sensibles y, por otra, el lenguaje, sino que vemos siempre el mundo a través del lenguaje y que en él, por tanto, se da la unión de lo subjetivo y lo objetivo” (p. 48).

Precisamente porque el lenguaje no permite ver las cosas como son en sí, Enrique Serrano no comparte la coincidencia que ve Erik Stenius entre la

filosofía kantiana y el *Tractatus* de Wittgenstein. Para él, “Kant se encuentra más próximo al Wittgenstein de las *Investigaciones filosóficas*, pues el lenguaje no pinta el mundo, sino que lo crea” (pp. 51-52). El lenguaje no es isomorfo con la realidad empírica, pero no por ello pierde eficacia epistemológica, ya que la antigua idea de un mundo que está ahí para ser conocido pierde sentido. Para Kant, el lenguaje es esencial en la síntesis por la cual el ser humano constituye el mundo, y en esa medida es inherente al proceso del conocimiento del mismo.

Desde luego, Kant no desarrolló suficientemente las consecuencias de sus planteamientos. Tocó a Fichte y Hegel presentarlas, aunque por la vía de la reflexión sobre la conciencia, más que por el camino de la filosofía del lenguaje *strictu sensu*. De acuerdo con el libro, esta recepción idealista de la filosofía kantiana abrió la puerta a la noción contemporánea de la intersubjetividad: en una de las últimas versiones de su sistema, Fichte “plantea sustituir la noción de yo puro por el concepto impersonal de saber. No es el yo quien sintetiza lo subjetivo y lo objetivo, sino el saber, entendido como un producto colectivo” (p. 194). Esto último implica, según nuestro autor, “desarrollar una apropiada teoría del lenguaje, capaz de dar cuenta de lo que llamamos en la actualidad intersubjetividad. El proceso por el cual el yo se pone a sí mismo tiene que ver con la adquisición del lenguaje en el proceso de socialización” (p. 194). Sin embargo, no fue Fichte, sino Hegel quien profundizó, mediante el concepto de espíritu, en la dimensión social de la conciencia. “El carácter intersubjetivo, de lo que Hegel denomina espíritu, es lo que evita reducir lo trascendental [...] a la conciencia individual, al yo” (p. 200).

Pero, como hemos señalado, el inicio de este proceso, que lleva hasta la noción de intersubjetividad, se remonta a la idea kantiana de la síntesis. Si en los anteriores hilos conductores hemos seguido una perspectiva externa y descriptiva, los siguientes llevan a una ligera inmersión en el cuerpo de la filosofía trascendental. Aunque hemos dicho que la síntesis precede al análisis, que ello implica necesariamente una posición activa y que, al asumir tal componente activo en la relación cognoscitiva, el ser se presenta como relación y no como sustancia, sin embargo, ha quedado abierto el problema del modo en que según Kant sucede la síntesis inicial. Esta es la cuestión de la conexión entre categorías e intuiciones como medio por el cual el entendimiento formula juicios sintéticos *a priori* para conocer apodícticamente el mundo sensible.

La explicación de la conexión entre categorías e intuiciones fue para Kant uno de los momentos más complejos del desarrollo de su teoría trascendental, y tales dificultades son manifiestas también para los lectores y especialistas. *Razón y dogmatismo* aporta una excelente guía en este sentido. Como explica el autor, la síntesis de lo objetivo y lo subjetivo comienza por la intuición pura del tiempo. Kant da al tiempo un lugar central en tanto sentido interno, lo que es relevante para la constitución del yo trascendental. Pero, independientemente de ello, lo decisivo consiste en que la condición para que las categorías (conceptos puros que, por definición, no proceden de la experiencia) puedan ser aplicadas a la experiencia es precisamente el tiempo, lo cual no sucede de manera circunstancial, sino por la misma naturaleza de la temporalidad. Este es, sin duda, uno de los aspectos mejor tratados. En la interpretación de *Razón y dogmatismo*, el tiempo no es la duración ni el movimiento, sino una relación entre lo que está en movimiento y una conciencia que sirve de punto de referencia para establecer la medida del movimiento. Por ello, el tiempo no es posible sin la conciencia, como tampoco la conciencia es posible sin el tiempo, en esto radica su doble condición trascendental y objetiva. Como apunta: “el tiempo es la relación entre el movimiento al que están sometidos los objetos del mundo y el ahora que establece la conciencia, para diferenciar entre lo anterior y lo posterior, lo que crea las condiciones para que sea medido. Si desapareciera este último extremo de la relación, lo que existiría es el movimiento, pero no su medida” (p. 89).

Ahora bien, las categorías (como las de realidad, posibilidad, sustancia, etcétera) requieren del tiempo para referir a fenómenos, por sí solas no nos dicen nada acerca de objetos empíricos ni de fenómenos en general. No obstante, cuando la conciencia les agrega el tiempo, que encuentra en sí misma al constituirse como punto de referencia, pueden aplicarse al mundo fenoménico en cuanto esquemas o, con más precisión, en tanto esquemas trascendentales (p. 134). Los esquemas, explica Serrano, son empíricos o trascendentales, ambos conforman reglas de identificación para los fenómenos. En el caso de los primeros, la conciencia se forma una imagen que permite identificar objetos sensibles, funcionando como una regla de identificación, por ejemplo, un círculo amarillo con rayos como esquema del sol (pp. 132-133). En el caso de los segundos, en cambio, las reglas se aplican, por ejemplo, al “proceso de síntesis conceptual” (p. 135).

El resultado natural de todos estos planteamientos es la consideración de la conciencia como un elemento activo en el proceso de conocimiento y

constitución del mundo, en lo cual consistía el último de los hilos conductores señalados al inicio. “A partir de la unidad sintética se construye el orden de la experiencia y, con este, la unidad de la conciencia” (p. 175). Fichte también adopta esta perspectiva para asentar su concepción de la conciencia como *Tathandlung*, es decir, como “hecho-acción” o actividad por la que la conciencia se pone a sí misma.

El libro cierra con un capítulo dedicado a la moral kantiana, el cual presenta un debate en torno al formalismo que se le imputa. En principio, nuestro intérprete ve en la primera formulación del imperativo categórico un contenido implícito, el de la libertad, lo cual elimina el supuesto formalismo. Además, difiere de aquellas interpretaciones que hacen del imperativo una fórmula que resuelve, para el agente, la moralidad de la máxima de su acción. “Kant no considera que ese procedimiento funcione como un algoritmo que permita establecer de manera automática las normas susceptibles de adquirir una validez universal; por el contrario, dicho procedimiento remite a una deliberación abierta” (p. 269). Aunque polémica, esta interpretación es acorde con el enfoque pragmático desarrollado por Serrano en el resto de la obra: una conciencia que construye a través de la actividad epistémica su propia sustancialidad y que, en el campo moral, por lo demás, se asume como libre, no podría ser una conciencia que en cada caso encontrara resueltos, por la simple aplicación de una fórmula, los más complejos dilemas morales.

TIRSO MEDELLÍN: Licenciado en Filosofía por la Universidad Autónoma de Nuevo León (UNAL), maestro en Filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México y doctor en Derecho Constitucional y Gobernabilidad por la UNAL. Profesor de Tiempo Completo en la UNAL, donde imparte clases de filosofía política y ética. Coordinó el libro *Diversidad y convergencia libertaria* (Monterrey, UNAL, 2019) y, junto con el doctor Rolando Picos Bovio, el libro *Pluralidad filosófica norteamericana* (México, Ediciones del Lirio, 2023). Es líder del Grupo de Investigación Identidad y Diferencia desde el Pensamiento Filosófico (Facultad de Filosofía y Letras, UNAL). Fue presidente fundador de la Comunidad Filosófica Monterrey, A. C.

TIRSO MEDELLÍN

ORCID.ORG/0000-0002-4700-2447
Universidad Autónoma de Nuevo León
Facultad de Filosofía y Letras
tirsoacademico@gmail.com

D. R. © Tirso Medellín, Ciudad de México, enero-junio, 2023.